

PRESENTACIÓN

RITUALES CÍVICOS

Solange ALBERRO
El Colegio de México

TRADICIONALMENTE SE SUELE ASOCIAR el término “ritual” a la esfera religiosa. Sin embargo, en la mayoría de los países que se consideran o son considerados como occidentales, lo específicamente religioso sufrió desde la Ilustración un proceso que lo llevó a disociarse de las esferas con las que había mantenido relaciones tan orgánicas desde la antigüedad que carece de sentido tratar de establecer fronteras claras entre ellos. Así, los sistemas monárquicos siempre tuvieron raíces e implicaciones religiosas, mientras la organización estamentaria de las sociedades del Antiguo Régimen fue respaldada por un marco religioso, lo cual muestra cuán estrechamente vinculadas se hallaron durante siglos lo que hoy llamamos las esferas “política” y “religiosa”. El siglo XVIII marcó el principio del desvinculamiento de estas esferas, al menos en el nivel de discurso y de proyecto, y el siglo XIX, cuando no la primera mitad del XX, consagró en la mayoría de los países occidentales su separación definitiva.

Sin embargo, la práctica propiamente política necesitó adoptar reglas y etiquetas para regir sus manifestaciones públicas, en particular las que tenían por función expresar un hecho o acontecimiento preciso y a la vez fijar en las mentes y los corazones las ideas e imágenes que afianzasen un mensaje determinado. De ahí el recurso a “rituales” y “liturgias”, inspirados en los sistemas religio-

sos, como mecanismos apropiados para lograr estos propósitos.

Actualmente, resulta de sumo interés para el historiador estudiar estos rituales civiles y cívicos nacidos en el transcurso del siglo pasado. Porque la descripción de las fiestas, ceremonias y conmemoraciones llevadas a cabo por los Estados o sectores particulares de la sociedad —partidos, sindicatos, asociaciones de toda índole, etcétera—, la manera en que fueron concebidas y evolucionaron, el orden de sus distintas fases y momentos, la participación de determinados actores sociales y/o políticos, su importancia y aparato simbólico contribuyen, generalmente, a precisar, aclarar, matizar o incluso modificar propósitos expresados por otros cauces o implícitos. Bien lo sabe el lector contemporáneo o el televidente, quien interpreta instintivamente las fotografías —oficiales o no—, las imágenes de las ceremonias cívicas que surgen en la pantalla en los días significativos de la vida nacional, logrando tal vez descubrir en un detalle aparentemente insignificante un mensaje político premonitorio de un cambio próximo o consagratorio de una realidad aun no claramente percibida.

El presente número de *Historia Mexicana* está dedicado a los rituales cívicos del México decimonónico y casi contemporáneo. Los estudios que lo componen son novedosos y reflejan el dinamismo de la disciplina histórica en nuestro país, puesto que en su gran mayoría han sido escritos por jóvenes investigadores, quienes interrogan con seriedad, curiosidad y a menudo sentido del humor las noticias, relatos, descripciones y discursos apenas considerados por la historiografía tradicional. La mirada lúcida y crítica de estos jóvenes historiadores, marcados por los grandes derrumbes ideológicos de este final de siglo y sus consiguientes desengaños, nos ofrece una lectura personal de algunos procesos de formación de imágenes, ideas y conceptos que conforman una pequeña parte del imaginario del mexicano común y corriente. Además y sobre todo, descubrir los mecanismos y propósitos que suelen inspirar tales procesos nos obliga a abandonar cierta ingenuidad al respecto, y, por lo tanto, contribuye

a volvernos más conscientes y más críticos. Se cumple así con una de las misiones más importantes de la disciplina histórica, la de ayudar a entender y hasta cierto punto, manejar el presente.

Solange ALBERRO

